LIBERACIÓN

Excelsior, 20 de mayo de 1932, núm. 937[155].

Abiertos de repente los balcones, penetró toda la gloria de la mañana. Ernesto, en el lecho todavía, la sintió llegar como una caricia tibia cuajada de claridad y presintió en todo su cuerpo una renovación vital. Otro hombre era él ya, después de una infinidad de mañanas como ésta, con un cuerpo tan robusto y tan sano que en su interior se reía de las aprensiones de algunos médicos amigos que le habían dicho, dos años atrás:

—O descansas en un poblacho cualquiera o te vas de este mundo. La vida ciudadana te ha ido minando poco a poco la salud y muy poco tienes ya. Nada de esfuerzo físico y nada de preocupaciones. Buena alimentación, mucho aire y mucha luz…

Cumplió al pie de la letra el régimen y no hubo en el pueblo, durante estos dos últimos años, hombre de vida más metódica y más cuidada que él. No hizo esfuerzo físico alguno. Se atiborró de huevos y leche. Se empapó de luz. Se abrió todos los poros del cuerpo para aspirar el aire puro que venía de las montañas. Fue su vida, al fin, la vida idílica del hombre del pueblo y, por tener libres los pensamientos, hasta dejó de leer.

Igual hubiera dejado de pensar, si su voluntad hubiese llegado a tanto. En eso faltó al régimen, porque más fuertes que su miedo a la muerte y los consejos de todos los médicos eran los fantasmas de un mal del alma que se había apoderado de él mucho antes todavía que el mal del cuerpo. Los médicos, tan sabios y tan conocedores del mecanismo humano, no habían atinado con aquella otra enfermedad

[155] Localizado por José María Fons en la biblioteca personal de Alberto Montilla. Transcrito del original que se encuentra en la Biblioteca Rizal de Ateneo de Manila, que carece de paginación.

y creyeron que, suprimido el mal del cuerpo, el alma se curaría igual. No los contradijo él, porque más que nada querría Ernesto curarse en cuerpo y alma. De hecho, al poblacho fue, no tanto por el cuerpo, que igual hubiese podido encontrar descanso en un suburbio cualquiera de Manila, como por el alma, que quizá necesitaba la ausencia larga para encontrar la cura en el olvido.

Saltó del lecho Ernesto, de un brinco ágil, y como todas las mañanas, se comprobó completamente curado ante el espejo. Rosado el rostro, con un rosa sano de sangre vigorosa y limpia, doblado el cuerpo que ya lucía músculos de atleta, nadie hubiese podido decir que dos años atrás había estado tan enfermo. Milagros de la vida de campo, milagros de una voluntad que quería vivir, que quería todavía interrogar al porvenir sobre el porvenir que guardaba para su vida…

Curado de cuerpo, totalmente, definitivamente curado de cuerpo…

Y, ¿de alma?

II

Y, ¿de alma? ¿Cómo estaría su alma, después de dos años de ausencia, sin saber nada de la mujer aquella —amor imposible que se le había atravesado en el camino— sin tener noticias de ella, que igual hubiese podido casarse o morir y en todo caso olvidarse de él tan completamente que no se preocupara de que él a su vez hubiese muerto ya en el destierro del poblacho?

¡Pobres médicos, pobres hombres! Les bastan unos toquecitos para comprobar si andan bien los pulmones y un termómetro cualquiera les da el grado de fiebre de un enfermo, pero no conocen lo que es un alma enferma del mal del amor y no pueden, con toda su ciencia y con todas sus pretensiones, saber cuando está el alma del todo curada…

Y Ernesto necesitaba saber, tenía que saber…

Se decidió. Volvería a la ciudad. Buscaría a la mujer. Se somete-

Liberacion

por

Enrique K. Laygo

I

Abiertos de repente los balcones, penetró toda la gloria de la mañana. Ernesto, en el lecho todavía, la sintió llegar, como una caricia tibia cuajada de claridad y presintió en todo su cuerpo una renovación vital. Otro hombre era él ya, después de una infinidad de mañanas como ésta, con un cuerpo tan robusto y tan sano que en su interior se reía de las apresiones de algunos médicos amigos que le habían dicho, dos años atrás:

—O descansas en un poblacho cualquiera o te vas de este mundo. La vida ciudadana te ha ido minando poco a poco la salud y muy poco tienas ya. Nada de esfuerzo físico y nada de preocupaciones. Buena alimentación, mucho aire y mucha luz...

Cumplió al pie de la letra el régimen y no hubo en el pueblo, durante estos dos últimos años, hombre de vida mas metódica y más cuidada que él. No hizo esfuerzo físico alguno. Se atiborró de huevos y leche. Se empapó de luz. Se abrió todos los poros del cuerpo para aspirar el aire puro que venía de las montañas. Fué su vida, al fin, la vida idílica del hombre del pueblo y, por tener libres los pensamientos, hasta dejó de leer.

Igual hubiera dejado de pensar, si su voluntad hubiese llegado a tanto. En eso faltó al régimen, porque más fuertes que su miedo a la muerte y los consejos de todos los médicos eran los fantasmas de un mal del alma que se había apoderado de él mucho antes todavía que el mal del cuerpo. Los médicos, tan sabios y tan conocedores del mecanismo humano, no habían atinado con aquella otra enfermedad y creyeron que, suprimido el mal del cuerpo, el alma se curaría igual. No los contradijo él, porque más que nada querría Ernesto curarse en cuerpo y alma. De hecho, al poblacho fué, no tanto por el cuerpo, que igual hubiese podido encontrar descanso en un suburbio cualquiera de Manila, como por el alma, que quizá necesitaba la ausencia larga para encontrar la cura en el olvido.

Saltó del lecho Ernesto, de un brinco ágil, y como todas las mañanas, se comprobó completamente curado ante el espejo. Rosado el rostro, con un rosa sano de sangre vigorosa y limpia,

Reproducción del original publicado en la revista *Excelsior*, 20 de mayo de 1932, del ejemplar existente en la Biblioteca Histórica de Filipinas en el Museo Ayala.

ría a la prueba definitiva. Si delante de ella, su corazón permanecía quieto, sin inmutarse, completamente sordo a la emoción, entonces sí que se daría por curado, completamente, definitivamente curado, en cuerpo y alma.

Y la verdad era que Ernesto quería curarse de aquel mal del alma. Dos años atrás, cuando se despidió de aquella mujer, le había dicho con plena sinceridad:

—Me marcho, porque me has hecho ver que es imposible mi cariño. En el fondo, quizá me quieras, aunque no tanto que no puedas desoír tu conciencia que te impone el sacrificio de la renunciación. Pero si me alejo no es porque cometa la vulgaridad de creer culpable un cariño tan grande como el mío, sino porque creo que ningún cariño, por muy grande que sea, tiene derecho a imponerse a la conciencia ajena…

Después, añadió con mayor sinceridad todavía:

—Mi alejamiento no significará olvido. Quien mucho quiere, no podrá jamás buscar la cura de su querer en el olvido.

Y así fue al poblacho, para curarse del mal del cuerpo, pero no del mal del alma. De hecho, Ernesto consideraba como la mayor gloria de su vida la gloria de este querer tanto más grande cuanto más imposible.

Y, sin embargo, con el correr de los días, a medida que iba sintiendo robustecerse su cuerpo a besos de sol y a besos de brisa, en su alma parecía hacerse una claridad que iba ahuyentando los fantasmas del mal aquel del alma. Apenas si se acordaba ya de aquella mujer y si eso ocurría era con cierta vaga añoranza nada más, como se añoran las cosas que alguna vez fueron parte de la vida. En su corazón nunca surgía esa inquietud que es la manifestación del cariño que sobrevive al tiempo y a la distancia.

Y ahora que se sabía completamente curado del mal del cuerpo,

Ernesto, en su gesto de afirmación, quería declararse también curado del mal del alma. Pero realmente, manifiestamente curado…

IV

Adrede, una vez en la ciudad, no fue a verla inmediatamente. Merendó en un restaurante, se metió en un cine cualquiera para aburrirse dos horas, viendo una película estúpida que no tenía de bueno más que unas cuantas danzarinas medio desnudas. Después volvió al mismo restaurante para cenar. Todo ello sin apresuramiento, casi lentamente, como si nada le quedase por hacer. ¡Así quería Ernesto domar a su corazón!

Pero tenía que verla de todas maneras, si quería llegar a la prueba definitiva y ver si su liberación era completa. ¡Una liberación tan completa que le diese ganas de abrazar al mundo entero!

Cogió un taxi y dio la antigua dirección. Los dos años de ausencia no habían cambiado mucho el aspecto de las casas e inmediatamente Ernesto fue encontrando escenas familiares. La tienda de *sari-sari*[156] del chino en una esquina, un establecimiento de muebles, una escuela. Hasta quedaba todavía la pequeña garita donde una mujer deforme se ganaba la vida vendiendo periódicos.

Y al fin ¡la casa de ella! Una casa antigua, despintada, con rajaduras en las ventanas, con la puerta medio destrozada por el paso del tiempo. Una casa, sin embargo, tan iluminada por la presencia de ella que la claridad se hacía oro fundido, cernido a través de las cornisas rotas como para poner un halo sobre la cabeza de la mujer aquella.

Bajó del taxi Ernesto, se acercó a la puerta. ¡Y le temblaron las manos, le temblaron el cuerpo y el alma enteros, ante la idea de que detrás de la puerta aquella pudiese no estar ya ella, arrojada a nuevos caminos por los vientos de la vida! …

[156] *Sari-sari* significa 'variedad'. Se llama así a tiendas pequeñas donde se vende una gran variedad de productos, principalmente de comida, bebida y otros artículos de primera necesidad.

¡La inquietud, en fin, la emoción de la que se creía completamente curado! ¡No era, pues, completa la liberación, sino simplemente ficticia, porque en el fondo del alma quedaba el germen del antiguo cariño tan vivo y tan fuerte que sólo necesitó la presencia de una puerta familiar para florecer de nuevo!

¡Curado, sí, curado del cuerpo, pero no del mal del alma! ¡Liberación del cuerpo, al fin, pero no del alma! ¡Triste, incompleta liberación!